



AÑO IV

←BARCELONA 13 DE ABRIL DE 1885→

NÚM. 172



TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotografica por el método Meisenbach)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SOLITA (*continuación*), por don Enrique Pérez Escrich.—LA GUIRNALDA DE LA MUERTE, por don Gregorio de Sotomayor.—LA CATARATA DEL NIÁGARA, por A. A.

GRABADOS: TIPO DE BELLEZA (reproducción fotográfica por el método Meisenbach).—MÚSICA EN EL CASTILLO, cuadro por H. Bongert, grabado por Brend'amour.—LA ÚLTIMA MANO, dibujo de Llovera, grabado por Artigas.—DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES, estatua en bronce esculpida por don Rosendo Nobas.—EL SALTO DEL NIÁGARA.—BRUNO PIGLHEIN Y SU TALLER.

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproducción fotográfica por el método Meisenbach)

Para que una flor sea bella no es ciertamente indispensable que pertenezca á la clase de las camelias y haya sido cultivada á la alta temperatura de un invernadero. El campo tiene sus flores, hermosas como puedan serlo las de un jardín y quizás más hermosas á natura, puesto que el arte no ha mejorado, no ha hecho resaltar ventajosamente la combinación de sus hojas ni la vivacidad de sus colores.

Pues con las mujeres pasa ni más ni menos que con las flores: el campo, la aldea, las produce tan bellas como la ciudad; el taller las tiene tan admirables como el salón: la *contadina* de nuestro grabado no es menos estética que la *princesa* que recorre las régias cámaras del Quirinal. Indudablemente no es esta belleza la belleza espiritual de la dama inglesa, ni la belleza carnal de la alemana, ni la belleza provocativa de la francesa: el tipo que hoy publicamos tiene algo rudo, varonilmente acentuado; algo en que rebosa la vida, algo que se sale por unos ojazos capaces de inspirar envidia á una gitana granadina ó á una cigarrera valenciana.

La naturaleza es inagotable en las manifestaciones de su poder: los más célebres pintores, Rafael y Murillo, apenas supieron producir otra belleza que la casi siempre igual de sus *Madonas é Inmaculadas*: la naturaleza, artista divino puesto que por la voluntad de Dios produce, en mujeres y en flores lo mismo pinta el clavel que la amapola, lo mismo perfuma la rosa que la violeta: su condición más inimitable es la variedad en la belleza de sus obras.

MÚSICA EN EL CASTILLO,

cuadro por H. Bongert, grabado por Brend'amour

Este asunto ha sido tratado por diversos autores, y se comprende esta especie de predilección atendiendo á que entre el artista músico y el artista pintor existe el lazo de la simpatía que engendra el genio comun. Además, cuando siente la belleza, cualquiera que sea la manifestación de ella, el artista procura inspirarse en algo que haga posible la reproducción de ese mismo sentimiento; en cual caso es indudable que una escena de *amateurs* ha de facilitar poderosamente la resolución del problema pictórico.

Bongert lo ha abordado con talento y con fortuna: el asunto está tratado con desahogo y hasta con grandiosidad; es en su género el lienzo más importante de cuantos conocemos, sobre todo considerado en conjunto. El grupo de los artistas está felizmente combinado: muévase cada uno con desembarazo, y juntos forman una combinación que se abarca plenamente, sin que los primeros términos perjudiquen en lo más mínimo á los restantes. Las actitudes son naturales, naturalísimas; el profesor de violoncello y la ejecutante en el clavicordio, son obras de primera fuerza. La expresión de los semblantes se halla animada del sacro fuego artístico; el traje está ejecutado con habilidad suma; y en mucho debe ser tenido este cuadro cuando ha sido grabado por Brend'amour, á cuyo buril únicamente se confían obras de primer orden.

LA ÚLTIMA MANO,

dibujo de Llovera, grabado por Artigas

Toda persona prudente, ántes de entrar en combate, se asegura de la buena calidad de sus armas. Las mujeres, y sobre todo las mujeres jóvenes y bonitas, tienen empeñado un combate permanente con los pollos, y aún con los gallos, que de continuo las acosan, las asaltan, las provocan. Es un duelo á todo trance, un duelo más que mortal, porque, al fin y al cabo, es mucho más tolerable morir de una vez, víctima de una estocada ó de un balazo, que morirse lentamente de envidia ó de desamor, sucumbiendo á los golpes de la más hermosa, de la más elegante ó de la más coqueta.

No es, pues, de extrañar que las mujeres repasen sus armas de continuo y que en el instante supremo de entrar en liza den la última mano á su armamento, que con ser de carácter defensivo, se convierte en ofensivo harto á menudo. Ninguna precaución huelga en tales lances: un lazo mal prendido, un rizo desgredado, la más ligera imperfección ó descuido en la armadura, es un punto flaco por donde entra la estocada de una rival burlona y se escapa un novio de conveniencia.

Esta operación trascendental, este momento histórico de la vida de la mujer es el que ha dibujado Llovera con su habitual buen gusto, penetrando osado en el santuario de las flaquezas y metamorfosis femeninas. Una vez más, ¡bien por nuestro Llovera!.

DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES

estatua en bronce esculpida por D. Rosendo Nobas

Esta estatua, fundida en el taller de D. Pascual Nobas, hábilmente cincelada por D. Narciso Fité y construida por encargo de su actual poseedor D. Eusebio Güell y Bacigalupi, es una nueva prueba de los talentos artísticos del conocido escultor.

Nosotros, que hemos tenido ocasión de admirar esta imagen del célebre cuanto popular pintor aragonés, sólo podemos repetir hoy la frase que nos inspiró su contemplación: «Si en España ha habido un Goya, á quien el arte de Apeles hizo famoso, no ha faltado en España un Nobas que trasladara dignamente al bronce la imagen fiel del insigne pintor.»

BRUNO PIGLHEIN Y SU TALLER

Piglhein es un artista alemán, joven aún, pues cuenta apenas treinta y siete años. Hijo de un notable artista decorador, dispuso de cuantos medios naturales pueden contribuir á formar un pintor de primer orden si el favorecido por la suerte tiene el talento de que Bruno no carecía. A pesar de ello, á duras penas consiguió llamar la atención pública, hasta que en 1879 obtuvo un gran triunfo con su *Salvador moribundo*, que resolvía un problema de perspectiva, imperceptible, á pesar de todo, para los profanos.

Independiente por carácter, no afiliado á escuela alguna, algo realista en su manera de hacer y ganoso de ser número uno en cualquier género de pintura, ocurriósele un día resucitar la casi olvidada pintura al pastel; y desde este momento datan sus grandes éxitos. Hoy por hoy es el primer *pastelista* de Europa: le es tan fácil este sistema que cada uno de sus diez dedos le sirve como de un lápiz distinto manejado por una mano experta.

La fortuna le sonríe, lo cual le permite trabajar en un taller que tiene los honores de un museo. Este taller tiene mucha analogía con el del malogrado Hans Mackart de quien fué Piglhein, al principio de su carrera, privilegiado discípulo, cariñoso amigo y peligroso émulo.

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

Al día siguiente, el honrado músico D. Antonio Escudero abandonó la casa de su querido discípulo, sin decir á dónde iba. Todas las lágrimas, todas las súplicas de Jacoba fueron inútiles para detenerle.

Dos practicantes del hospital cuidaban del enfermo y además Jacoba y D. Antonio.

Aurelio había pasado un mes sin conocer á nadie; los dos temas eternos de sus frecuentes delirios eran la música y Nieves.

Cuando la fiebre cedió, cuando se fortaleció el cerebro y Aurelio recobró el conocimiento, llamó con desfallecida voz á su ama de gobierno.

Esta entró corriendo en la alcoba.

—Jacoba,—le dijo el enfermo,—tú no me has engañado nunca; dime por caridad, qué es lo que me ha pasado, porque yo quiero recordarlo y me parece espantoso.

Y bajando la voz, como si tuviera miedo de oír él mismo lo que iba á preguntar añadió:

—¿Y Nieves?... ¿Dónde está Nieves?

Jacoba se echó á llorar.

Aurelio guardó silencio, porque aquellas lágrimas eran una afirmación de la desgracia que poco á poco iba recordándole su débil memoria.

VII

Duelo á muerte.

Tres días después Aurelio se hallaba notablemente mejorado; se veía en el deseo de vivir, de abandonar el lecho, pero con gran asombro de Jacoba, no le preguntaba ni por Nieves ni por D. Antonio.

El ama de gobierno creyó que había llegado el momento de entregarle la carta, y una mañana le dijo:

—Señorito: el pobre D. Antonio ha cuidado á V. durante un mes con todo el cariño de un padre, pero así que los médicos nos dieron la buena noticia de que había pasado el peligro, se empeñó en marcharse de casa y no pude hacerle desistir de su empeño por más que le supliqué. Al irse me entregó una carta para V. encargándome que dejara pasar unos días y que se la entregara á V. en cuanto le viera restablecido del todo.

Aurelio cogió la carta y la dejó sobre la mesa de noche.

—Ya sabes—dijo—que los médicos me han dado de alta; voy pues á levantarme un poco. Dame la bata y ayúdame, porque no estoy fuerte del todo.

Poco después Aurelio se hallaba sentado en una butaca junto á la chimenea y entonces leyó la carta de su padre político.

Decía así:

«Hijo mio: Dios ha querido salvarte de la muerte; bendito sea Dios. Me despidió de tí para siempre; al separarme, al abandonar tu casa en donde he pasado los días más felices de mi vida, me llevo el corazón hecho pedazos.

»Yo siento en el fondo de mi conciencia una voz que me acusa y me falta el valor para vivir á tu lado porque

cada beneficio que de tí reciba será un remordimiento para mi alma.

»Cuando hace dos años me pediste la mano de mi hija, yo debí decirte: Aurelio, olvida á Nieves; no pienses en unirse con ella porque su carácter caprichoso y exigente no se detiene por nada ni por nadie y una mujer así no puede hacer la felicidad de su marido.

»Esto debí decirte y no te lo dije; era padre y mi hija me había jurado que te amaba con todo su corazón.

»Lo que ha sucedido es una gran desgracia para todos: yo ignoro dónde se halla Nieves; no he vuelto á verla ni á saber de ella desde el día funesto en que te trajeron á casa en una camilla casi muerto; supongo que huyó con su amante; olvídale y perdónala; bastante castigo lleva con su misma culpa.

»Nieves ha muerto para tí y para mí: si algún día vuelves á encontrarla ante tu paso, escúpela al rostro; desprecia y sigue tu camino; esa debe ser tu venganza como hombre honrado, bueno y generoso.

»Afortunadamente no habeis tenido hijos; ningun lazo os une por lo tanto. Ella es indigna de tí; hazte superior á tan gran desgracia y procura borrar su nombre de tu memoria.

»Me separo de tí porque no tengo valor para verte sufrir. Mi vida será triste y solitaria; mientras mi mano pueda sostener el arco del violín y mis ojos descifrar las notas del pentagrama, me ganaré la vida como pueda y siempre con honradez: luego Dios dispondrá lo que tenga por conveniente.

»Sé feliz, hijo mio, si es que puedes á pesar de la profunda herida que ha abierto en tu corazón una mujer infame y desnaturalizada. Sé feliz y no guardes ningun rencor á este pobre viejo que se enorgullece de haber sido tu maestro y que llevará siempre en el alma el remordimiento de haberte concedido la mano de su hija que era indigna de tí.—Antonio Escudero.»

Aurelio leyó la carta, derramando lágrimas; luego la guardó en el bolsillo de su bata, diciendo:

—Hace bien; todos nuestros lazos se han roto; ni yo mismo sé lo que será de mí, y sin embargo, ese pobre viejo me inspira lástima.

Quince días después Aurelio se hallaba completamente restablecido y consultó á sus médicos si podría hacer un viaje á Paris y á Italia.

Los médicos le contestaron:

—Tenemos la primavera llamando á la puerta; es el tiempo más á propósito para viajar y una excursión por Francia é Italia será muy conveniente para la salud de V.

Aurelio salió de Madrid en el expés de Francia treinta horas después de la consulta con sus médicos.

Sabia por los periódicos que el tenor Pórteci, concluido su compromiso en el teatro Imperial de San Petersburgo, debía cantar durante el mes de abril en el teatro de la Gran Opera de Paris.

Aurelio llegó á la capital de Francia y se instaló en el hotel del Louvre, que era donde estaba también hospedado el célebre tenor.

Preguntó al camarero qué cuarto ocupaba Pórteci, y le dijo que el núm. 12 del piso segundo.

Aurelio Valflorado, con una calma inalterable, como el que ha meditado de antemano lo que va á hacer, se dirigió al cuarto del tenor.

Pórteci se hallaba almorzando con cuatro amigos; reinaba gran algazara, cuando se abrió la puerta y vio aparecer como un fantasma á Aurelio.

El maestro compositor, con el sombrero en la mano, vestido de negro como si se tratara de una visita de gran etiqueta, pálido pero sereno, saludó con una ligera inclinación de cabeza.

Pórteci se puso en pié como impulsado por una fuerza superior á su voluntad y su rostro adquirió la lívida palidez de la muerte.

Sus amigos comprendieron que allí sucedía ó iba á suceder algo grave: dejaron de reirse.

Aurelio, ántes de hablar, dirigió una mirada en derredor suyo como buscando algo, tal vez á una mujer, pero en el cuarto no había más que cinco hombres.

La situación del tenor era violenta; hacia esfuerzos por serenarse; imposible.

Aurelio dijo con gran calma:

—Señor Pórteci, vengo expofeso, desde España, en busca de V. para que me conceda la honra de batirse conmigo á muerte. Como soy el agraviado elijo la pistola á veinte pasos de distancia: creo que V. será bastante caballero para concederme lo que le pido.

Aurelio parecía un muerto que hablaba; su voz era imponente, su mirada, fija en el tenor, serena y melancólica; en sus labios vagaba una sonrisa que estaba en contraposición con sus palabras.

—Estoy á las órdenes de V., caballero,—contestó Pórteci, dominando apenas el temblor convulsivo que agitaba su cuerpo.

Aurelio volvió á saludar y dijo:

—Doy á V. las gracias por su condescendencia y suplico á estos caballeros me concedan el honor de apadrinarme. Acabo de llegar á Paris y no conozco á nadie.

—Con mucho gusto, caballero,—dijo uno de los amigos del tenor,—pero para apadrinar un duelo es preciso saber la causa que lo motiva.

—¿No les bastará á Vds.—añadió Aurelio—que el señor Pórteci declare que hay motivo sobrado entre nosotros dos para llevar á cabo un duelo á muerte?

—Sí, nos basta,—añadió el amigo.

—Este caballero tiene razón; yo le he ofendido de un modo grave,—repuso Pórteci—me batiré con él, puesto

que así lo quiere: acepto todas las condiciones que imponga y las armas que elija, pero antes quisiera decirle cuatro palabras en voz baja.

Los padrinos se levantaron como para salir del cuarto. El tenor añadió:

—No hay necesidad de que Vds. salgan; bastará con que el señor Valflorido me conceda el favor de acercarse á esta ventana.

Aurelio se acercó adonde estaba Pórteci y este le dijo, en voz muy baja:

—Señor Valflorido, vamos á batirnos por una mujer que no lo merece.

Aurelio hizo un movimiento de disgusto.

—Ruego á V. que me escuche,—añadió el tenor;—lo que voy á decirle no es un pretexto para evitar el duelo, es un descargo de mi conciencia. Nieves no amó á V.; no me amó á mí y no amaré á nadie; es una voluble mariposa con alas de oro que ni se detiene ni se fija en nada; apenas llegamos á San Petersburgo me dejó á mí por irse con un noble ruso que iba á emprender un viaje por Asia, y tengo la seguridad de que á estas horas se habrá cansado del moscovita cambiándole por otro amante. Así pues, me atrevo á aconsejarle á V. que no se tome el trabajo de buscar á esa mujer; no vale la pena.

—Nieves ha muerto para mí, caballero,—contestó Valflorido.—Me importa poco que cambie de amante cada quince días; la desprecio y no me ocupo de ella, pero V. señor Pórteci, abusó de mi amistad y fué el primero que obligó á faltar á su deber á esa desdichada; así pues, V. ó yo estamos de más en el mundo.

El tenor, que era un hombre valiente, saludó á Aurelio, y le dijo:

—He descargado mi conciencia y he cumplido con mi deber; ahora, caballero, me tiene V. á sus órdenes.

Los periódicos y los carteles habían anunciado para el día siguiente *La Favorita* que iba á cantar por la primera vez en París el tenor Pórteci; pero á las doce de la mañana comenzó á correr la noticia de que al célebre cantante le había sucedido una gran desgracia y que estaba gravemente herido.

Se decía entre los aficionados á la buena música, entre los amantes de la ópera italiana, que Pórteci examinando unas pistolas que ignoraba que estuviesen cargadas, se le había disparado una, introduciéndosele la bala en el pecho.

La noticia cundió por el mundo filarmónico de París, todo el mundo lamentaba la desgracia y los *dilettanti* corrieron á inscribir su nombre en la lista que en el lujoso portal del hotel del Louvre se había puesto encabezada con el dictámen facultativo, que por cierto era alarmante.

Y efectivamente, aquella misma noche se divulgó por París la infausta noticia de que el célebre tenor Jacobo Pórteci había muerto.

Sus admiradores, despues de lamentar el desgraciado suceso en todos los tonos, hicieron lo último que se puede hacer por un hombre de mérito á quien se distingue y se aprecia, es decir, acompañarle al campo-santo y depositar una corona sobre su tumba.

En verdad que el entierro de Jacobo Pórteci dejó un gran recuerdo en París; toda la aristocracia le envió sus coches como una prueba del último tributo que rendían á la prodigiosa garganta del tenor.

La muerte de Pórteci se comentó de mil modos durante quince días y no faltó algún amigo íntimo del difunto que asegurara que el célebre tenor, que todos lloraban, se había batido con un español, recibiendo un balazo, á veinte pasos de distancia, en el pecho, y que aunque los dos combatientes habían ocultado la causa de aquel duelo á muerte, se sospechaba que la culpa de todo la tenía una *ella* que nadie conocía.

Despues de este lance, que creemos inútil detallar á nuestros lectores, Aurelio se dirigió desde París á Roma, permaneciendo dos años en Italia, escribiendo algunas obras musicales notables.

Aurelio, á pesar de sus triunfos, no podía desechar la tristeza de su espíritu, porque el que mata á un hombre siempre lleva una espina clavada en el alma.

Así pasaba el tiempo; Aurelio puede decirse que tenía algo del judío errante. Como si el movimiento le distrajera de su eterna melancolía, pasaba tres meses en Madrid y el resto del año en el extranjero.

Todo el desprecio, todo el aborrecimiento que le inspiraban las mujeres iba aumentando el cariño, las simpatías que siempre había sentido hácia los niños, porque el alma del maestro-compositor había nacido para amar y el amor le hacía falta para vivir.

Trascurrieron ocho años. De la mente de Aurelio comenzaba á borrarse el recuerdo de aquella mujer infame á quien tanto había amado y que tan desgraciado le había hecho.

No había vuelto á saber nada de Nieves y por su parte nada había puesto tampoco para descubrir su paradero.

Recordando las palabras que le había dicho Pórteci la víspera de su duelo, suponía que Nieves se hallaría en Rusia, y algunas veces solía decirse:—Tal vez ha muerto, pero ¿qué me importa esa mujer? aunque viva en el mundo, me es igual; para mí no existe.

Como hemos dicho, Aurelio frecuentaba las más brillantes reuniones de Madrid, y una noche, saliendo de casa de un duque, con quien había comido, fué cuando, como recordarán nuestros lectores, encontró á la pobre Solita adormecida en el quicio de una puerta por el frío y el hambre.

VIII

El abuelito

Mientras tanto, el profesor de violín, D. Antonio Escudero, vivía solo en un viejo sotabanco de la triste calle del conde de Paredes y allí el pobre músico él mismo se guisaba, se barria y se fregaba.

Aquel infeliz viejo tenía todo el aspecto de una alma triste que va por el mundo buscando un cuerpo donde refugiarse.

Ni un solo momento se borraba de su memoria el recuerdo de Nieves y Aurelio, y muchas veces se pasaba largas horas sentado junto á la pequeña ventana de su sotabanco, con las manos sobre las rodillas, la mirada fija en el cielo y los ojos llenos de lágrimas.

Este dolor inagotable, esta soledad desconsoladora, esta eterna melancolía fueron poco á poco debilitando el cerebro de D. Antonio, con lamentable perjuicio de su bien sentada reputación de profesor de violín, pues sus distracciones le hacían no pocas veces cometer ciertas salidas de tono, ciertas discordancias inarmónicas que ponían nervioso al director de orquesta y hacían reír á sus compañeros.

El director, desde el día que comenzó á notar estas distracciones, le reprendió con dulzura y respeto, pero como continuaban con frecuencia subió de punto el disgusto del director y por fin una noche, que una intemperancia del violín de D. Antonio produjo una silba acompañada de carcajadas, el maestro, al terminar el acto, le dijo con gravedad:

—Señor Escudero; en vista de que V. no se enmienda y cada noche vamos de mal en peor, yo no puedo tenerle á V. más tiempo como primer violín de mi orquesta, pues me compromete con sus desafinaciones.

Don Antonio exhaló un suspiro, enfundó su violín, y conociendo que tenía razón de sobra el maestro para despedirle, dirigió una mirada triste á sus compañeros, les saludó con varios movimientos de cabeza, y salió del teatro, con los ojos llenos de lágrimas.

Desde el Real, D. Antonio descendía á un teatrillo de mala muerte, donde ganaba diez reales diarios, y algunas copias que le proporcionaban los encargados del archivo de la Zarzuela.

Por esta época un día que se hallaba copiando junto á la ventana de su sotabanco, oyó que llamaban á la puerta.

Nadie visitaba á D. Antonio si se exceptúa el avisador del teatro; fué á abrir y vió con gran sorpresa que era una señora modestamente vestida que llevaba una niña de dos á tres años en los brazos.

Aquella mujer se arrojó al cuello del músico, y éste lanzó un grito, pues acababa de reconocer á su hija, Nieves.

El primer impulso de Escudero fué rechazar á su hija, pero Nieves, cerrando la puerta, dijo:

—Padre mio; soy muy culpable, lo sé, y conociendo su honradez no vengo á pedirle hospitalidad para mí sino para mi pobre hija, para su nietecita de V.

Y al mismo tiempo Nieves le presentó á la niña, que era hermosa como un serafín y extendía los bracitos sonriéndose como si la hubieran enseñado el modo de conquistarse el corazón de su abuelo.

El músico no tuvo valor para rechazar aquel pequeño ángel que le miraba sonriéndose y le cogió en sus brazos y le besó llorando.

Don Antonio era un alma cándida, sencilla, exenta de rencor.

—Siéntate,—le dijo á su hija, sin soltar á la niña que tenía entre sus brazos,—descansa, porque estás fatigada y luego dí lo que quieras.

Don Antonio y su hija entraron en la modesta sala del sotabanco. Desde este momento Nieves comprendió que había ganado la batalla.

—Padre,—le dijo,—vivo con un hombre grosero que me maltrata y, lo que es peor, comienza á maltratar á esta pobre niña que no es su hija; muchas veces he querido romper los lazos que me unen con ese hombre; no puedo; cuanto más me pega más le amo; es sin duda un castigo que Dios me impone. Pasado mañana salimos de Madrid en dirección á Londres y vengo á suplicarle á V. que se quede con esta niña, que cuide de ella, porque temo que la mate el día ménos pensado de un golpe.

Y Nieves, cayendo de rodillas á los pies de su padre, exclamó:

—Por el santo recuerdo de aquella mujer que me llevó en sus entrañas, no rechace V. el depósito que vengo á hacerle; yo procuraré siempre que pueda mandar á V. algún dinero; salve V. á su nieta, salve V. á la hija de mi alma, ya que su madre se ha perdido.

Don Antonio continuaba con la niña en brazos y mirando á Nieves con fijeza.

—¡Pero esta niña de quién es hija!...

—De un noble ruso llamado el conde Tomkol á quien abandoné en mal hora por seguir al hombre que hoy me llama su esposa, de quien acabo de hablarle á V. Nada pido para mí, sé que debe V. despreciarme, pero compádecase V. de este pobre ángel, porque si permanece á mi lado temo por su vida; dislocará sus huesos, hará de esta pobre niña un objeto de especulación. Yo sigo á ese hombre sin explicármelo á mí misma; tiene algo que me fascina, que me subyuga, que me atrae; aunque me maltrate le seguiré al fin del mundo que vaya. No me compadezca V.; soy una miserable, una mujer perdida; cuando el hombre con quien vivo se emborracha con aguardiente me emborracho yo también porque así siento ménos los

golpes que su brutalidad me prodiga. Conozco, padre mio, que esto que estoy diciéndole á V. es horrible, es espantoso, pero es la verdad. Salve V. á mi hija, salve V. á esta pobre niña, evítame el que el día ménos pensado la abandone en medio del arroyo por mandato del hombre que me domina.

Don Antonio se quedó aterrado ante la degradación de su hija. Le parecía imposible que Nieves hubiera descendido tanto en el abismo de la ignominia, en el lodo del vicio.

La niña se había dormido con su cabecita de querubín apoyada en el hombro de su abuelo.

Don Antonio, sin moverse para no despertar á la infeliz criaturilla, repuso.

—Dices bien... Este ángel no debe mancharse con tu contacto... vete... vete... Yo me quedo con la niña: será mi consuelo, Dios velará por nosotros, porque en El pondremos nuestra confianza.

Nieves, impresionada por su relato y por las palabras de su padre, llevó á cabo un acto de humildad reñido con su vergonzosa conducta: besó los pies de aquel anciano, y luego, levantándose, dijo:

—Gracias, padre; procuraré no olvidarme de mi hija.

Nieves iba á dar un beso á la niña, y don Antonio le dijo, con sequedad:

—No la toques... Vete... Tus besos manchan, deshonoran.

Aquella infeliz exhaló un suspiro y salió de la habitación.

Don Antonio se quedó solo con la niña en brazos.

Estaba aturrido, no sabía lo que le pasaba. El mismo se asombraba de la crueldad, impropia de su carácter, empleada con Nieves.

Colocó á la niña, que continuaba dormida, en su pobre cama; luego cayó de rodillas, juntó las manos, elevó los ojos al cielo, y lloró.

Poco á poco se fué serenando; se levantó y se puso á pensar en su situación.

Una niña de dos años de edad era un engorro para el pobre músico que pasaba fuera de su casa desde las siete hasta las doce de la noche.

Era preciso buscar á alguien que cuidara de la niña durante esas horas.

Se acordó de una vecina del sotabanco inmediato, esposa de un modesto empleado que tenía tres hijas pequeñas.

Mientras la niña dormía pasó á ver á la vecina y le contó con los ojos llenos de lágrimas lo que le acontecía.

Los pobres se protegen siempre que pueden, porque comprenden por experiencia propia las penalidades de la vida y se dejan llevar por los impulsos de su corazón.

La nietecita de D. Antonio halló una madre en la vecina de su abuelo.

Nieves se había marchado sin decir el nombre que tenía la niña y D. Antonio la bautizó, desde aquel día, con el de Soledad.

—Tenga el nombre que tenga,—se dijo el músico—yo seguiré llamándola Solita porque siendo, como ha dicho Nieves, hija de un conde ruso, de seguro que tendrá un nombre difícil de pronunciarse en español.

Al día siguiente D. Antonio recibió una carta y una poca ropa que le enviaba su hija.

La carta decía así:

«Padre mio; Parto esta noche; le envío á V. la ropa de mi hija, y una cartera en donde encontrará unos papeles que pertenecen al padre de mi desgraciada Olga (este es el nombre de la niña).

»Como esas cartas están escritas en ruso, no las entenderá V. pero tal vez algún día puedan serle útiles.

»Ame V. mucho á su nieta; no me guarde rencor, pues bastante castigada estoy por mis liviandades.

»Adios, padre mio; tal vez ya no volverá V. á ver más á su infortunada hija.—Nieves.»

De día en día iba creciendo el cariño que el pobre don Antonio profesaba á su nietecilla, pero desgraciadamente también de día en día iban aminorando los recursos, porque el honrado músico se hallaba en esa escala descendente, herencia perpetua de los profesores de su clase que, despues de cincuenta años de trabajos y de rascar un violín ó soplar un clarinete, suelen concluir en un hospital.

Cuando Solita cumplió los cuatro años, cuando era una niña parlanchina y encantadora, cuando su abuelo no la hubiera trocado por el celeste imperio de la China, los pocos recursos de D. Antonio le obligaron á trasladarse á un cuarto de la calle del Salitre, en el patio de una casa de vecindad.

Pero esta pobreza que amenazaba llegar á los antros de la miseria, no aminoraba el amor que la nietecilla tenía á su abuelo y era poetizado muchas veces por las zalamerías de aquella niña encantadora.

Pero ¿á qué detenernos en detalles dolorosos y en describir la *via-cruis* de un pobre de levita que corre siempre hácia abajo por la penosa senda de la vida?

Sólo diremos que D. Antonio llegó hasta el extremo de pedir limosna por las noches, arremido á una esquina, tocando el violín, muerto de frío y con su querida nietecilla al lado, que inspiraba compasión á los transeúntes.

Una de estas noches D. Antonio, que estaba algo atrasado en la alimentación de su cuerpo, sintió de pronto un desvanecimiento, una vaguedad desconsoladora en la cabeza, giraron los objetos en derredor suyo, le zumbaron los oídos, se apagó la luz de sus ojos y cayó al suelo desvanecido.

Como era natural, el violín se escapó de sus manos; Solita comenzó á dar gritos al ver á su abuelito en el suelo;



MÚSICA EN EL CASTILLO, cuadro por H. Bongert, grabado por Brend'amour



LA ÚLTIMA MANO, dibujo de Llovera, grabado por Artigas

y un pillete, que oportunamente pasaba por allí, se apoderó del violín del pobre músico, único auxiliar en su infortunio para pedir limosna.

Nuestros lectores ya saben que, por consejo del médico que llamó un vecino, fué trasladado D. Antonio al hospital general, pues no había elemento ninguno en la casa para combatir la debilidad extrema del infeliz músico.

Explicados todos estos antecedentes, diremos que Aurelio, al ver á su pobre maestro en tan aflicta situación, y pasmado de que la Providencia le hubiera puesto en el caso de recoger y salvar de la muerte á la hija de Nieves, resolvió llevarse también al abuelito á su casa.

Don Antonio, al oír las generosas proposiciones de su bondadoso discípulo, lloró mucho y aceptó porque Aurelio podía ser muy útil á su querida nietecita.

¿Qué podía él hacer por aquella niña que amaba sobre todas las cosas del mundo? nada, absolutamente nada, porque su porvenir estaba visto, morir en un hospital, y entónces Solita quedaba abandonada en medio de la calle.

Aceptó, pues, agradecido todo lo que le proponía Aurelio cuyo hermoso corazón había olvidado antiguos resentimientos y una prueba plena de ello era prohiar á la hija de la mujer que tanto daño le había hecho.

Aquella misma tarde en un coche el profesor Don Antonio Escudero fué trasladado á la calle de Isabel la Católica.

Grande alegría demostraron Solita y Jacoba viendo entrar al bueno de D. Antonio apoyado en el brazo de Aurelio; hubo muchos besos y muchas lágrimas y el viejo profesor de violín bendijo á Dios, que nunca desampara á los que en Él ponen su confianza.

Jacoba dispuso inmediatamente la habitación que en otro tiempo había ocupado el padre de Nieves, y tres días después D. Antonio estaba completamente restablecido, pues como había dicho el médico del hospital, lo que padecía el pobre viejo era una gran debilidad producida por la miseria y la falta de alimentación.

IX

Exito completo

Trascurrieron catorce años.

Durante este tiempo Solita había recibido una gran educación musical. Era una muchacha de diez y nueve años, extremadamente hermosa y angelicamente buena.

El pobre D. Antonio Escudero era en esta época un viejecillo amojamado y risueño, de setenta y seis años de edad, que decía siempre mirando á su nieta embobado:

—Yo me moriría de buena gana, pero confieso que siento separarme de mi nieta, porque estoy seguro que en el cielo no hay ningún ángel más hermoso que ella.

(Continuará)

LA GUIRNALDA DE LA MUERTE

I

El médico Neira era muy conocido en Madrid, pues á su reputación como facultativo unía cualidades de hombre de mundo y elegante. Entre su numerosa clientela contaba á la señora viuda de Liñan, jóven de veintisiete años de edad, de carácter algo excéntrico, pero de costumbres irreprochables. Luisa, que así se llamaba la viudita, á principios del pasado Otoño volvió algo delicada de su expedición veraniega á las provincias del Norte, y Neira creyó oportuno someterla á un tratamiento, porque en las enfermedades del pecho lo más importante es acudir á tiempo y combatir las antes de que tomen incremento.

Pero el facultativo luchaba con la inercia de su enferma y no podía explicarse la indiferencia con que se sustraía á las prescripciones de la ciencia médica. Era en balde que la advirtiese los peligros del relente nocturno; así es que el digno discípulo de Esculapio se desesperaba al encontrar á Luisa paseando por el Retiro en las últimas horas de la tarde ó bien saliendo de algún teatro en las desapacibles noches de la entrada del invierno.

En tales ocasiones reñala, como era natural, usando de sus atribuciones de facultativo; pero ella, casi sin disculparse, le miraba con sus grandes ojos negros, profundos y expresivos, turbándole con una fascinación inexplicable cuya impresión le duraba mucho tiempo.

Había en aquella mujer algo de extraño que la rodeaba como una atmósfera misteriosa, y á su lado las cosas de la vida variaban de aspecto, y las ideas de significación, hasta tal punto que el pobre médico olvidaba las nociones naturales de lo conveniente y de lo inconveniente, sufriendo el influjo de una fuerza poderosa sin duda inconsciente mas no por esto menos irresistible.

Veía que de semana en semana la dolencia de Luisa tomaba incremento con lentitud traidora y titubeó algún tiempo en descubrirla la verdadera índole de la enfermedad; érale doloroso turbar la tranquilidad de aquella exis-



DON FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES
estatua en bronce esculpida por D. Rosendo Nobas

tencia relativamente dichosa. Por fin se decidió, aunque con mil circunloquios.

—Lo presentia, amigo mio,—dijo ella con una expresión natural y resignada á la vez;—pero, ¿qué importa? No tengo hijos que educar ni deberes que cumplir. ¿Qué importa un poco más pronto ó más tarde?

II

Trascurrió el invierno.

Neira, ocupado en los negocios de la testamentaría de un tío suyo á quien había heredado, y encontrándose por tanto inesperadamente rico, descuidó algo su clientela, y no precisamente por esta causa, sino más bien por evitar se emociones dolorosas, vió contadas veces á Luisa.

Esta le mandó llamar á fines de mayo. La afección parecía como que se había impuesto una tregua, cosa no muy extraña en las que radican en el pecho. La linda viuda tenía buen aspecto; los ojos únicamente habían perdido en parte su intensidad luminosa.

—Amigo mio,—dijo al médico,—tanto Norte me aburre; estoy fastidiada de Biarritz, Lequeitio, San Sebastian y demás sitios de moda. ¿Adónde iré, ó mejor dicho, adónde debo ir este verano?

—¿Ha estado V. en Valencia?

—Nunca.

—Pues le aconsejo á V. que vaya al Cabañal.

—¿Por qué?

—Por varias razones. No conoce V. el país, y estoy seguro de que le ha de gustar. La playa es risueña y se ve animada por un sinnúmero de bañistas que allí acuden de todos los puntos de España. Las brisas del Mediterráneo no son, por otra parte, tan traidoras y nocivas como las del Océano. Además, tendría V. médico, no de cabecera, pero sí de cámara.

—¿Usted quizás, querido doctor?

—Sí, señora; he determinado pasar la fuerza del calor en la playa valenciana.

—¡Oh, entónces eso me decide; no hay más que hablar! ¿Cómo he de dejar perder tan buena ocasión y tan valioso auxilio?

—Gracias, señora.

—Pero es el caso que en Valencia no conozco á nadie y no estoy al corriente de los medios de instalación.

—Déjelo V. de mi cuenta: una feliz casualidad me permite poder ofrecerle un alojamiento aceptable. Hace dos ó tres años, un primo mio hizo construir un chalet á poca distancia del Cabañal. Yo pensaba instalarme en él puesto que su dueño está viajando por el extranjero, pero se lo cedo á V.; á mí me será fácil meterme en cualquier sitio.

—Sin embargo, doctor...

—Nada, nada, lo dicho.

—Pero...

—No admito réplicas, querida enferma. Vaya V. haciendo sus preparativos de viaje para fines de junio. Tiene V. todo lo que la hace falta, una hermosa playa, una habitación solitaria y confortable y un amigo á su disposición.

III

A mediados de julio estaban instalados Luisa en el chalet y el médico en el Cabañal, lo más cerca posible de ella. Neira hubiera deseado habitar bajo el mismo techo, pero conocía el metódico carácter de la jóven viuda y no se atrevió á indicárselo siquiera.

El chalet estaba admirablemente situado. La fachada principal miraba al mar, del cual sólo distaba un corto espacio. En su parte posterior tenía un conato de jardín, y digo conato porque los esfluvios marinos no son favorables á la vegetación. A la izquierda, y no á gran distancia, se extendía la estación balnearia, y á la derecha, á media legua de la playa, verdeaba un bosquecillo de tilos, alisos, limoneros y palmeras.

Luisa halló encantador aquel retiro que la permitía vivir aislada. Las giras, las expediciones campestres, se dirigían siempre hácia el lado opuesto, esto es, por la parte que más directa comunicación tenía con la ciudad.

El médico visitaba á su enferma asiduamente, ó mejor dicho, la acompañaba casi todo el día, amando y estudiando al mismo tiempo á aquella mujer extraña é incomprensible que sabiendo quizás que estaba herida de muerte presentaba siempre un aspecto plácido y tranquilo como si viviese envuelta en la atmósfera del limbo.

El facultativo había prohibido á la enferma exponerse á la influencia de la noche; y cuando, dejándola en el chalet regresaba él al Cabañal, el médico y el amante se componaban formando un solo corazón que se embecía en hondas meditaciones.

—¿Qué mujer es esta?—se decía el sabio doctor.—Su calma no proviene de indiferencia ni de frialdad, sino más bien de fuerza sobrecitada. Coge flores, como Ofelia, al borde del precipicio de la muerte, pero en sana razón y no estando amargada ni por recuerdos de ayer ni por contradicciones de hoy.

En uno de los primeros días de su instalación, el médico se encaminó hácia el chalet á una hora inusitada y al aproximarse se detuvo admirado.

Luisa cantaba, y cantaba la romanza del Sauc del Otel, con voz poco extensa pero admirable de claridad, modulación y sentimiento.

Neira no conocía esta habilidad de su enferma; así es que escuchó el canto con éxtasis enamorado. Aquellas notas vibraban melodiosas y vivientes en el fondo de su corazón.

Sin embargo, cuando se vió en presencia de Luisa no pronunció una palabra; limitóse á examinarla, y por último le auscultó el pecho, porque el animado semblante de la artista despertó en el hombre de ciencia una esperanza ó un recelo.

—Luisa,—dijo por fin,—su afección de V. se halla en un punto de crisis, ¿quiere V. curarse?

—¿Por qué no?—contestó ella con indiferencia.—Pero ¿es posible?

—Yo tal lo creo. Si es V. dócil me atrevo á asegurarlo: pero le advierto que estamos en el límite, ó ahora ó nunca.

—Como V. quiera, doctor. El deber del enfermo es someterse ciegamente á las prescripciones del médico.

—Pues bien, ante todo, le impongo tres prohibiciones esenciales.

—¿Y son?

—No cantará V. nunca...

—¿Me ha oído usted?

—No cantará V. nunca, esto es lo más esencial; después evitará V. el relente de la noche, no tendrá flores en su cuarto y hará poco ejercicio. ¿Lo promete usted?

—Prometido, doctor tirano, por más que haya en ello un grande sacrificio.

—Pero este sacrificio es forzoso, ¿me da V. palabra de llevarlo á cabo?

—Sí,—dijo Luisa, fijando sus ojos en los de Neira que la miraban con reprimida ansiedad.

IV

El médico vislumbró un rayo de esperanza. Sentía por aquella mujer una pasión exclusiva, produ-

cida por un flúido misterioso que, no obstante sus ínfulas de psicólogo, no acertaba á explicarse. Había creído sólo posible el amor correspondido y sensual, y sondeando su corazón hallaba en él una cosa vaga que rechazaba lo material, un movimiento de adoración mística y abstracta de que como médico y naturalista no podía darse cuenta.

No anhelaba á la mujer llena de salud y de fuerza, capaz de devolver las más enérgicas caricias; hubiérale bastado la enferma sin padecimiento pero viéndolo eternamente.

Sus ilusiones se desvanecieron pronto. Persuadióse de que era inútil luchar contra la inercia de Luisa, que no cumplía sus prescripciones.

—¡Verla morir pudiendo salvarla!—solía exclamar el doctor.

Y se convenció de que toda curación era imposible.

Un amante ajeno á la ciencia hubiera podido abrigar esperanzas, ver dudoso el porvenir, tener intervalos más ó menos lúcidos en su amorosa locura, ya que las enfermedades del pecho presentan raros y contradictorios aspectos; pero para el facultativo que las analiza no hay duda ni misterio posibles.

Neira asistía á la autopsia del cadáver de su amor. Primeramente experimentó sacudidas de ira nerviosas, exhaladas en gritos de desesperación. Vagaba por la playa, al volver al Cabañal, con paso violento, retorciéndose convulsivamente las manos y quizás maldiciendo á aquella naturaleza tan tranquila, al mar tan apacible, al cielo tan estrellado.

Después se calmó la tensión de sus nervios y el pobre doctor se encerró en una resignación sombría, especie de atonía que produce lo inevitable.

Luisa le dijo un día:

—Ya no me prohíbe V. que cante ni que pasee de noche por la playa.

—¿Para qué?—contestó él; mas luego, comprendiendo que había cometido una indiscreción, repuso:—¡Usted no ha de seguir mis consejos!

—¿Es decir, que estoy desahuciada?

—De ninguna manera, Luisa; V. padece de un aneurisma y lo mismo puede morir de repente que vivir años y años.

El pobre médico la engañaba.

Luisa adivinó la profunda pasión que inspiraba y tuvo compasión de él.

—Amigo mío,—le dijo al otro día,—yo quiero curarme porque deseo vivir: estoy dispuesta á todos los sacrificios, practicaré cuanto V. me mande y si es necesario no saldré de la cama.

—No, no, Luisa, no hay necesidad,—contestó Neira reprimiendo una exclamación de despecho.—El estado de V. no exige tantas precauciones.

Y cuando se vió solo en la playa prorumpió en sollozos mezclados de imprecaciones.

Aquella fué su última crisis.

Y desde aquel día se entregó por completo y casi tranquilo á su místico amor, á la contemplación absorbente de aquella mujer.

Luisa estaba serena; parecía que la enfermedad retrocedía ante su energía pasiva y victoriosa.

Como dice Víctor Hugo, «aquel cuerpo era un pretexto para contener un alma.»

V

Una tarde, poco antes del crepúsculo vespertino, Luisa y el médico se hallaban departiendo amigablemente en el salón del chalet. La enferma presentaba un aspecto animado y al parecer exuberante de vitalidad como toda luz próxima á extinguirse.

El ambiente estaba templado por la brisa de los últimos días de agosto, y Luisa, sin embargo, tenía calor. Sentada al lado de la ventana abierta que daba al mar, se agitaba inquieta en su butaca.

Grandes sombras azuladas comenzaban á cubrir el agua, y los postreros rayos del sol doraban transparentándolas las hojas de los raros grupos de yerbas y arbustos que, diseminados cerca de la playa, parecían manojos de topacios.

De pronto el sol, que iba á trasponer la línea del horizonte, se ocultó tras un nublado que venía de occidente y una repentina ráfaga comenzó á soplar por la parte de tierra.

La pieza en donde Luisa y el médico se hallaban tenía también una ventana que daba al jardín y por ella penetró un torbellino de hojas, prematuramente secas por la pobreza de aquella vegetación.



ESTADOS UNIDOS.—EL SALTO DEL NIÁGARA (véase el artículo: *La catarata del Niágara*).

Las hojas revolotearon un momento en el aire impulsadas por la ráfaga y cayeron sobre la enferma, que se las sacudió con la mano, pero tres de ellas se quedaron como adheridas á sus negros cabellos.

El médico se estremeció dolorosamente al verla coronada con aquella diadema fúnebre.

En aquel momento entró un criado trayendo un candelabro con dos bujías encendidas, veladas por una pantalla verde, y lo dejó sobre una rinconera.

El sol había desaparecido.

Una cinta luminosa flotaba en el horizonte dando al agua reflejos de oro líquido y marcando sobre ella móviles estelas de pálido rojo.

Luisa alzó los ojos al cielo, en donde se diseñaban las primeras estrellas. Su mirada vagaba en un flúido intenso.

Quiso cantar tal vez el himno de lo infinito, pero su voz estaba quebrantada; sin embargo, moduló una especie de recitado casi sin ritmo y notas conocidas.

Era el delirio del canto.

El murmullo de su acento se asemejaba al monótono sonido de las campanas, al zumbido de las colmenas, al ruido de la hojarasca arrastrada por el agua corriente, que cada pensamiento humano interpreta á su antojo.

Su voz se elevó un poco: el médico no entendía, pero adivinaba los motivos de aquel canto singular. Luisa daba el adiós á la vida, al mundo, á los esplendores de la naturaleza, á las flores que había preferido, al divino Bellini á quien adoraba.

Calló; su mirada que se había abatido sobre el mar, se elevó otra vez al cielo, que ya ostentaba todas sus estrellas.

Luego con una voz

*que el oído no la percibía
sino que tan sólo la oyó el corazón,*

dijo al médico, que estaba abrumado de angustiosa emoción:

—¿Cree V. que muchos de esos astros que vemos, son mundos habitados como el nuestro?

—La ciencia con razón lo supone.

—¿Con qué razón?

—Con la de la similitud. Tienen la misma forma del globo en que vivimos, obedecen á idénticas ó parecidas leyes, presentan el mismo aspecto, y hay en ellos materias semejantes á las de la tierra; es pues de suponer que la vida infinita y la inmensurable creación no se limitan á nuestra miserable vivienda.

Hubo una pausa. Luisa preguntó:

—¿Es posible que la muerte nos lleve á esos mundos desconocidos?

—Es posible, pero eso es ya más dudoso.

Luisa volvió á enmudecer é inclinó la cabeza como para entregarse á sus pensamientos.

Neira, trémulo de emoción, tampoco acertaba á proférer una palabra.

VI

Pasado un momento, el médico vió agitarse el pañuelo de lino que cubría el seno de la enferma y la oyó respirar trabajosamente.

Corrió á la rinconera, tomó el candelabro, quitóle la pantalla y lo aproximó al rostro de Luisa. Los ojos de ésta parpadeaban, contraía los labios y por todo su semblante se reflejaba esa cosa imponente é inexplicable del que está próximo á descubrir el eterno enigma.

Comprendió que comenzaba la agonía de su amada, que iba á ser larga y dolorosa, y quiso evitársela.

Tomóla en brazos, salió al recibimiento del chalet, abrió la puerta de cristales, bajó seis escalones y se halló en el exterior.

Echó á andar en línea recta hácia el mar.

Luisa había inclinado su cabeza sobre su hombro como un niño dormido. Él sentía en su mejilla el soplo del aliento de ella, y como un suave calor de calofrío.

Llegó al límite de la playa y se entró en el agua.

La playa del Cabañal, especialmente por aquel lado, forma un declive; el terreno es arcilloso y tiene muchos guijarros que resisten á la presión de las pisadas; así es que el médico, aunque avanzando mar adentro, se fué hundiendo gradualmente en aquella agua medio dormida.

Esta le llegaba ya cerca de la rodilla y aún pisaba en terreno firme.

Luisa levantó dos veces la cabeza y volvió á inclinarla; sus brazos se agitaban convulsivamente y sus manos se abrían y se cerraban como si quisieran asirse al vacío para mitigar las angustias de aquel momento supremo.

De pronto Neira perdió piés y el grupo desapareció: fué el eclipse de dos existencias. Quizás la conmoción que el médico debió sentir al no encontrar punto de apoyo se transmitió á la moribunda que alzó los brazos por postrera vez, pues lo último que se vió sobre aquel mar risueño y apacible, fué una mano fina y casi trasparente.

Al siguiente día, muy de mañana, un grupo de bañistas del Cabañal, de pescadores y de habitantes de las masías cercanas, vieron dos cuerpos muertos: uno de mujer, que estaba más próximo á la playa y que yacía sobre la arena en el límite en que comienza el agua; otro de hombre, que flotaba más distante, pero que la brisa matutina iba impeliendo blandamente hácia la ribera.

Parecía que el mar, que no ha tenido principio ni probablemente tendrá fin, quería unir aquellos dos cuerpos, separados por la muerte, en la vida de la eternidad.

GREGORIO DE SOTOMAYOR

LA CATARATA DEL NIÁGARA

La celebridad de que goza en ambos continentes este maravilloso salto de agua que pone en comunicación dos lagos considerables, y sobre todo los estudios, puramente teóricos hasta el presente, que los físicos é ingenieros de la gran República norte-americana vienen haciendo de algun tiempo á esta parte para utilizar de varios modos, y hasta valiéndose de la electricidad, la inmensa fuerza que representa dicha poderosa cascada y que hoy se desperdicia lastimosamente, nos han inducido á insertar los siguientes ligeros detalles acerca de ella, persuadidos de que no desagradarán á nuestros lectores:

El Niágara es una inmensa catarata que conduce las aguas del lago Erie al lago Ontario; hácia la mitad de su longitud, está atravesada por una barrera natural de rocas de cincuenta metros de elevación, donde las aguas se precipitan, formando la inmensa cascada á que se ha dado el nombre de *Salto del Niágara* (véase el grabado).

«Desde el lago Erie, dice Chateaubriand, hasta el salto, el río llega siempre inclinándose por una pendiente suave, y en el momento de la caída de las aguas, aquello parece un mar, pues los torrentes se arremolinan al borde del abismo. Entre estos avanza una isla que está pendiente con todos sus árboles sobre el caos de las ondas, y la masa del río que se precipita hácia el mediodía, se redondea primero como un cilindro gigantesco, desarrollándose después cual un inmenso manto de nieve; la catarata que cae por el lado de Levante, es imponente y sombría; diríase que es una columna de agua del diluvio. Numerosos arcos iris se cruzan en el abismo; al estrellarse las ondas contra las rocas, levántanse torbellinos de espuma, como las llamaradas de un vasto incendio, y acaban de embellecer el paisaje numerosos pinos y nogales silvestres, que se elevan entre rocas cortadas á pico, de fantásticas formas. Las águilas dejándose llevar por la corriente de aire, bajan arrastradas como un torbellino hasta el fondo del abismo, y los *carcajús* se suspenden por la cola de las ramas más bajas de los árboles para coger los cadáveres destrozados de los cervatillos y de los osos.»

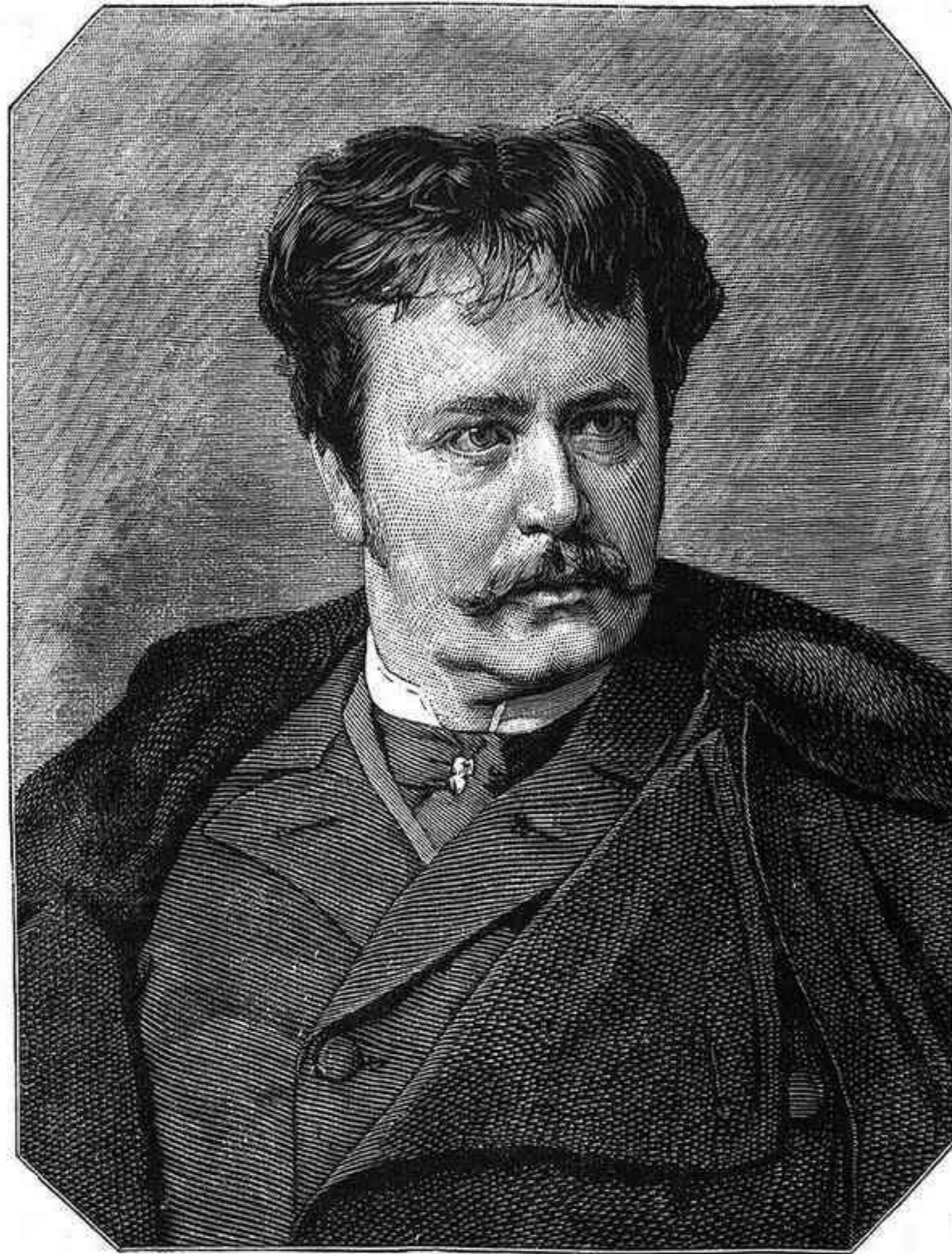
De las dos secciones de la catarata, la una pertenece á los Estados Unidos y la otra al Canadá, y tienen, respectivamente, trescientos treinta y quinientos cincuenta metros de extensión, calculándose en doscientos mil hectólitros la cantidad de agua que vierten por segundo. La isla que se encuentra en medio, ha recibido el nombre de *Isla de las Cabras*, y se han formado en ella andenes que se asemejan á los de un paseo, construyéndose además un puente que une dicha isla con una de las orillas,

y una escalera que conduce al pié de la catarata, de modo que es fácil penetrar bajo la inmensa bóveda líquida, la cual tiene de seis á ocho metros de espesor y parece una masa de cristal verdoso. Esa peligrosa escalera conduce á una pequeña gruta, abierta en la roca, donde se puede descansar un poco, y se ha llamado *Gruta de los Vientos*, porque el aire está allí continuamente agitado. El bajar á la bóveda es peligroso á causa de los frecuentes desprendimientos, y por eso el guía expide siempre una certificacion al aficionado que tiene valor suficiente para visitar aquellas tenebrosas profundidades. Los bordes de la isla y las orillas del Niágara deben inspirar un justo temor, pues apenas pasa día sin que masas de rocas, minadas por las aguas, se desprendan y arrastren á su paso á los imprudentes viajeros.

El retroceso lento, pero continuo, de la catarata del Niágara, producido por la accion de las aguas que desgastan y rebajan continuamente su álveo, es un hecho reconocido, pero las apreciaciones de los diversos geólogos varian mucho, pues miéntras unos admiten que el borde de la catarata se retira un metro por año, otros, como M. Desor, calculan que no es sino un metro por siglo.

Como quiera que sea, el fenómeno de la retirada de la catarata del Niágara es más general de lo que parece, y esa excavacion de su álveo por las aguas mismas que le ocupan, es la llave que explica muchos fenómenos en la historia de un gran número de rios.

La meseta en la que se extiende el lago Erie se eleva sobre una llanura de aluvion que encierra rocas diluvianas y masas de enormes dimensiones; esa meseta se corre hasta el lago Ontario, cuyo nivel es mil metros más bajo que el de Erie, pero la llanura no ha existido siempre, y la meseta del último de estos lagos ha debido por el contrario extenderse hasta el Ontario, en el cual se vertian en otro tiempo las aguas del otro sin caída alguna.



Bruno Piglhein

Esta conclusion resulta de lo que se observa todavía hoy; hace varios siglos hallábase la catarata situada frente á los terrenos de Lewistown, pero la accion erosiva de las aguas la habia hecho retroceder ya doce mil metros en 1818, y desde entónces ha ido retirándose insensiblemente, sobre todo á consecuencia del hundimiento que ocurrió en 1828. Por lo demás, el hecho se explica naturalmente, pues componiéndose el terreno de capas de caliza y de pizarras y rocas muy delezables, se desgastan fácilmente por el roce continuo de aquella inmensa masa de agua, y las rocas se hunden al fin bajo la presion de un peso tan enorme. Todo induce á creer que al cabo de un plazo más ó ménos lejano, la catarata del Niágara desaparecerá completamente, no quedando entre el Erie y el Ontario sino una serie de rápidos.

Segun Karl Ritter, así es como se han formado los rápidos ó raudales del Rhin y de otros rios europeos, y los geólogos han demostrado que muchos de los valles que bañan esos rios han sido en otro tiempo inmensos lagos, que aparecen secos hoy. Tales son los valles del Rhin, entre Basilea y Estrasburgo, y entre Ladenburgo y Bingen, y los del Danubio, entre Ulm y Passau. La misma observacion se puede hacer respecto al curso medio del Volga, del Ganges, del Éufrates, etc. En otro tiempo, esos diversos rios se ensanchaban, tomando la forma de lagos, ó se estrechaban en ciertos puntos, como sucede con el San Lorenzo, del cual no es el Niágara sino una parte, y que enlaza entre sí los cinco grandes lagos del Canadá; tal ha sido sin duda el estado primitivo de nuestros rios, sobre todo de los que han llegado á un grado superior de desarrollo, gracias á la nivelacion general, á la cual se debe que los saltos y las cataratas hayan sido reemplazados por simples rápidos. Con el San Lorenzo sucederá probablemente lo mismo, pero al cabo de mucho tiempo.

A. A.



TALLER DE BRUNO PIGLHEIN

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA
DICCIONARIO UNIVERSAL
DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfaccion de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografias que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA
HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Gliptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la coleccion completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON